

Dios está muy mejoradito

GERMÁN DEHESA

Así es. Lo sé de buena fuente. Me lo dijo Jaime Sabines y yo a don Jaime le creo todo. Esa misma incredulidad fervorosa con la que me acerco a los noticieros de Televisa, a los boletines de prensa, a las declaraciones de Pri-gione; esa misma, la convierto en confianza plena cuando la vida citadina, pictórica de ozono, de gloriosas victorias de la selección, de funerales de Mario Moreno (hasta el cielo lloró) y de propuestas democratizadoras de Camacho redactadas por James Joyce y Ezra Pound en franco estado de ebriedad; cuando la vida citadina, digo, me concede la gozosa tregua de una conversación con don Jaime Sabines, poeta chiapaneco que lleva tres años en cama luchando a pierna partida con el dolor, el malestar y la muerte.

Para la recta comprensión de lo hasta aquí asentado, he de notificarles que yo, con prudente regularidad, le hablo por teléfono a don Jaime para saber de su salud y de su estado de ánimo. Hace unos días me comuniqué con él y lo escuché sorprendentemente contento, bien dispuesto y lleno de entusiasmo. No era para menos. Tras un largo periodo de sequía y de esterilidad poética, Sabines ha vuelto a escribir. "Tienes que venir a que te lea mi nuevo poema", me dijo. Aquí habría que hacer un breve paréntesis para comentar que el trato entre Sabines y yo se debate en esas angustias y vacilaciones que oscilan entre el afectuoso "tú" y el respetuoso "usted". Siempre nos saludamos de usted; pero en cuanto nos ponemos a hablar mal de algún escritor laureado, el tú se convierte en el sello de gozosas complicidades. En esta ocasión particular, el tú se instaló de sopetón y de modo más que justificado: Sabines acababa de dar a luz y tenía -como toda parturienta- la urgencia de presentar a su criatura. En cuanto pude "tú" (o sea, yo) se presentó en casa de Jaime Sabines.

Sábado por la mañana. Clima apacible, casa sosegada y poeta fumador. "Estás más flaco, Jaime", le dije; "y tú estás más gordo", me dijo. Dos observaciones irrefutables. En la habitación, una espaciosa cama cubierta por una colcha color vino, el sol muy bien instalado, don Jaime apoltronado y sonriente en un sillón. A la mano: la cajetilla de Delicados, tres encendedores, una máquina para jugar ajedrez, un ajado block de taquigrafía, un teléfono, el control remoto del televisor y los tenaces y azules ojos de Sabines que me miraban como calculando cuántos kilos habría yo subido. Buen testigo (y juez y parte) de este buen encuentro, Adriana Landeros quien, como el cien por ciento de las lectoras mexicanas, está descarada (y espero que platónicamente) enamorada del poeta. Fueron tres horas de excelente, divertida, maldiciente y sabrosísima conversación. Era obvio que el asunto central era el poema (Sabines miraba y remiraba su block de taquigrafía) pero antes de llegar a él hablamos de todo. Hablamos por ejemplo de lo que a continuación se enuncia:

Las difíciles relaciones entre Chiapas y Uruguay

"No soporto a los pedantes", me dijo Sabines. Yo estuve de acuerdo, aunque hice la observación de que, con una declaración así estábamos descalificando a la inmensa mayoría de los intelectuales y artistas latinoamericanos. Ahí estaba, por vía de ejemplo, el caso de Alfredo Zitarrosa, excelente cantor uruguayo, dotadísimo compositor y hombre íntegro. Sabines estuvo de acuerdo, aunque añadió que, con dos o tres copas, y puesto a hablar de cuestiones políticas y sociales, el buen Alfredo podía ser

más pesado que una vaca en brazos, como dice un cuate mío. Ya en plan de remembranzas, Sabines recordó aquella famosa reunión en la que tuvo que escuchar durante horas la perorata del uruguayo. Llegó un punto en el que el chiapaneco (ya con algunos roñes, recuerda Sabines) tuvo que interrumpir y decirle: "¿Sabe qué, señor Zitarrosa? A usted le está haciendo falta algo". "¿Qué cosa?", preguntó Alfredo.

"Mandarse a la chingada", contestó Sabines, firme y sereno. Yo no sé cómo lo habrá tomado Zitarrosa. A lo mejor como insulto. Yo diría que es un consejo sabio y tierno. Si de todos modos siempre hay alguien dispuesto a mandarnos, es mucho más sano e higiénico mandarse uno solito. Así, cuando nos manden, siempre podremos responder: "Ya fui". Y que conste que a Zitarrosa le fue bien en su cotejo con El Meco, apodo con el que familiarmente es conocido Sabines. Peor, mucho peor, le fue a otro uruguayo ilustre: Juan Carlos Onetti. El áspero autor de Juntacodáveres no fue invitado por Sabines a que se fuera por su propio pie al mítico lugar. No. Sabines lo trasladó personalmente. En conclusión: las relaciones entre Uruguay y Chiapas son difíciles. De eso estábamos platicando cuando sonó el teléfono. Fue por eso que tuvimos que hacer un:

Paréntesis beisbolístico

El que hablaba era el hermano de Sabines. En la televisión comenzaban a transmitir el juego entre Yanquis de Nueva York y Rangers de Texas. Era, según escuché, indispensable cruzar una apuesta. Don Jaime sin dudar ni un instante se manifestó a favor de los Rangers y colgó el teléfono. "Pobre de mi hermano, le sigue yendo a los Yanquis; todavía no se entera de la ofensiva que traen los Rangers". Desmenuzar con exquisita ociosidad tan importante asunto nos llevó un buen rato. Esto de que el autor de Tarumba y Los amorosos también sepa de beisbol es ya el pleno y jubiloso realismo mágico. Agotado que fue el asunto, don Jaime hizo una pausa dramática, puso cara de malévola alegría; estiró el brazo, tomó su block y anunció: ahora sí, les voy a leer

El poema

No he podido hablar con el autor. Estaba a unos cuantos días de irse al hospital. Me leyó el poema, me permitió grabarlo; pero me hizo la aclaración que el texto ya estaba comprometido con alguna publicación universitaria. Es por el respeto que nos debemos los buenos amigos, que no me parece correcto reproducirlo íntegro, sin solicitar previamente la autorización del autor. Recuerdo sí que el poema comienza diciendo:

Me encanta Dios,
 es un viejo magnífico que no se toma en serio.
 A El le gusta jugar y juega
 y a veces, se le pasa la mano
 y nos rompe una pierna,
 o nos aplasta definitivamente;
 pero esto sucede porque es un poco cegatón
 y bastante torpe de las manos.
 Nos ha enviado a algunos tipos excepcionales
 como Buda, o Cristo, o Mahoma, o mi tía Chofi
 para que nos digan que nos portemos bien;

pero esto a El no le preocupa mucho: nos conoce
y por eso inventó la muerte,
para que la vida, no tú ni yo; la vida
sea para siempre...

Líneas adelante, dijo Sabines:

Viejo sabio, o niño explorador,
cuando deja de jugar con sus soldaditos de plomo
de carne y hueso, hace campos de flores,
o pinta el cielo de manera increíble.

Mueve una mano y hace el mar
y mueve otra y hace el bosque,
y cuando pasa por encima de nosotros
quedan las nubes, pedazos de su aliento...

Todo esto habría que oírlo en la irreplicable voz de Sabines que nos dice:

Dios siempre está de buen humor,
por eso es el preferido de mis padres,
el escogido de mis hijos,
el más cercano de mis hermanos,
la mujer más amada,
el perrito y la pulga,
la piedra más antigua,
el pétalo más tierno,
el aroma más dulce,
la noche insondable,
el borboteo de luz,
el manantial que soy.

A mí me gusta; a mí me encanta Dios;
que Dios bendiga a Dios.

Confirmado: Dios está muy mejoradito y le encanta a Sabines. A mí me encanta Sabines. Que Dios lo bendiga.

Primavera del 93